

FUNDAMENTACION PARA LA ARQUITECTURA EN SUS CAMPOS DE MANIFESTACION

*mini-ensayo
sobre
EL TIEMPO*

Por VICTOR D'ORS

El arquitecto y filósofo VICTOR d'ORS desarrolla en este segundo mini-ensayo sobre "El Tiempo" la segunda parte de su trilogía "el Espacio" "El Tiempo" "El Ambiente" con la que articula su fundamentación para la arquitectura en sus campos de manifestación y en la que nuestro ilustre colaborador expone el devenir del concepto de "El Tiempo", desde la filosofía griega hasta las formulaciones de Reichenbach y Heissenberg, con la profundidad y la lucidez que en él caracterizan el ejercicio del pensamiento.

VICTOR d'ORS afirma que se han necesitado siglos para averiguar tres cosas: que la energía pura es el tiempo; que el tiempo es espacio energizado y que no hay un sólo tiempo sino tres tiempos: el tiempo absoluto, los tiempos relativos y los tiempos paradigmáticos o "tempos" o velocidades con que a nosotros nos parece que fluyen las cosas, y su idea de que el flujo temporal es "la gran frecuencia" le lleva a la conclusión de que el tiempo histórico circula en ciclos, con sus altibajos, sus frecuencias y sus inercias.

—Que en un principio fué el Verbo; que en un principio fué lo activo; que en un principio fué la fuerza; que en un principio fué la *energía*: que en un principio fué el ¿tiempo? Si, *el Tiempo*.

Siglos y siglos se han necesitado para averiguar tres cosas:

- a) que la energía pura *es* el tiempo;
- b) que el tiempo es espacio energetizado y el espacio, tiempo fijado; y que el tiempo es atmósfera entrada en canalización y el ambiente, tiempo en vibración dispersa;
- c) que no hay un solo tiempo sino tres tiempos:

I.—el tiempo absoluto: energía pura, que “fluye” constantemente;

II.—los tiempos relativos o relacionales o duraciones (1) de cualquier fluidez energética en relación con otra y en ordenación con el tiempo absoluto; que ahí está de siempre, por los siglos de los siglos, como “campo previo” de manifestación de los entes, sobre todo de los predominantemente energéticos.

III.—los tiempos paradigmáticos o “tempos o velocidades con que a nosotros nos parece que fluyen las cosas.

Ya los griegos distinguieron el χρόνος tiempo abstracto general, y absoluto del αἰών, tiempo duracional, también de una vida; tiempo desde “ya”, que puede durar también una eternidad, y así Aristóteles también lo consideraba.

El pueblo hebreo es un pueblo “temporalista”. Y, en esto y en muchas cosas, se parece a los egipcios y a los árabes en general. Y al Romanticismo, con tanto músico, y tanto poeta judío. Y llega —se conoce que en la espera del Mesías— a guardarlo tan en su corazón, que identificó las percepciones temporales con sus latidos —la “regha” o regla— que son hermanos del “ritmo”: en su

base la duración repetida; base, a su vez, —y cuando es bueno— de la armonía simétrica, la del espacio-tiempo de los arquitectos.

—¡Alto! Porque aquí vendría la oportuna contestación a los que dicen que el ritmo es algo exclusivamente temporal: que no existe en el espacio, más que en una interpretación equívoca y muy discutible.

—Ya lo sé; como Vd. dice, querido Gonzalo, lo estamos constatando desde el origen, porque la duración es referencia a la espacialidad: extensidad, que el espacio impone al tiempo; o bien, lo que el tiempo tiene de espacial. Pero también la extensión en relación con cualquier movimiento físico o síquico, etc., etc. Hay, pues, posibilidad también de ritmo en el espacio: extensiones de cualquier orden repetidas por movimientos de duración limitada, al ser apreciadas síquica o físicamente.

Esa repetición nos indica un punto o instante en que algo empieza; *después* que otra cosa que fué mediata o inmediatamente *antes* que ella.

El concepto de *antes* y *después* hizo pensar a tantos filósofos y físicos, que el tiempo era de manifestación esencialmente secuencial; y ello fué grave error. Un flujo temporal —un tiempo— concretamente, cualquier “duración”, puede dividirse en duraciones parciales en secuencia: una después de la otra.

Pero, mientras tal tiempo o duración general y tales duraciones parciales de la misma empiezan o se terminan, otros tiempos, otras duraciones, otros flujos temporales, relativos o el mismo flujo absoluto, siguen. Tal esquema, dijimos, ramificado, arbóreo —algorítmico— (con algo de ritmo) es típicamente el “frecuencial”.

La frecuencialidad del tiempo donde se manifiesta más claramente es en la más alta de las artes temporales, en la

(1) La duración eterna se une con el tiempo absoluto y a ello llamamos la “eternidad”.

Música. Cuando una nota comienza a sonar, otra, emitida anteriormente, sigue "resonando". ¿En qué quedaría si no el canto gregoriano?

—Bueno, Don Víctor, pero esto ya lo discutía y discutía Vd. Vamos al grano.

—Bien. Sigamos frecuentando el espíritu de los griegos que no terminó al hablar de faraónicos y de los israelitas y, que de puro "espacialistas" que aquellos eran, fijaron el tiempo uranianamente en "*ciclos celestes*" repetidos y así llegaron también al concepto de temporalidad atemporal o sea a la eternidad. Es curioso, porque lo que los "verbos" eran en el lenguaje hebreo: "acciones", completas o no (como es natural, hoy, para nosotros, cristianos), para los griegos, expresaron, más o menos, "aspectos", más o menos perceptibles.

En este caso obtenemos un entendimiento más completo de la *energía* abstracta, absoluta, pura y temporal, que existe, cuando lo perceptible desaparece y no se aspectiza.

—Como diría Vd., la primaria, prima y primera aspectización del tiempo, es el movimiento ¿no? Así, al parecer, lo entendió Platón al aseverar que *el tiempo es la imagen móvil de una presencia*.

Esto es actualísimo; porque, en el fondo, pitágorico. Y nos muestra al espacio aspectizándose —o sea traduciéndose— sin cambiar su naturaleza o culturalidad o ignoturalidad—, en tiempo. Y también Aristóteles decía, que «*tiempo y espacio se perciben "juntos"*».

—Pero, ésto ya no es tan rotundo. Como la otra opinión de Aristóteles de que *el tiempo es la medida del movimiento*.

Lo cual engendra mil equívocos. Básicamente porque en idealidad el tiempo "a-priori", como campo de manifestación de duraciones, es previo a cualquier manifestación duracional como es el movimiento.

—Y, sin embargo, tal definición aristotélica es recogida, ampliada y matizada por todo el pensamiento de la antigüedad, de la edad media y de la edad moderna y aún de la contemporánea.

El concepto de *nunca* (nunca), el de *ahora* —éste instante— el mismo de *antes* y *después*, vienen íntimamente unidos a tal *entendimiento exclusivamente duracional* del tiempo en la medida del movimiento: un intervalo del movimiento para los estoicos: un *tiempo constituido por partículas temporales indivisibles*. Y ahí nacieron también todos los aporías y antimonías, y sus sofismas, y el considerar al tiempo como exclusivamente relativo y "relacional".

Cuando Plotino ya, sin desdeñar tal conquista, comienza a dar al tiempo en media vuelta una *virtualidad psicológica*, llegando a elevarlo a la categoría de *vida anímica*: en prolongación sucesiva— otra vez el equívoco— de la vida anímica.

Le devuelve, entonces, esa realidad superior, ideal, que Aristóteles le había quitado, cuando aseveraba: "es difícil de concebir que participe de la realidad algo que no existe" (¡Qué lejos de nuestro entendimiento actual cuando pensamos que existe todo lo que nos afecta!).

Agustín, el santo sabio, enriquece prodigiosamente el concepto de tiempo. En sus "Confesiones" lo bautiza (¿cómo no?) de "escurridiza realidad", con largas *esperas* y largos *recuerdos*. Y, otra vez, las traducciones especiales del tiempo. Es más: el tiempo como creación; el tiempo creado por Dios. ¡Qué gran abarcamiento, ese agustiniano, que va desde la intimidad psicológica hasta la teología! Pero, todavía, todo vinculado a dos tipos de duración: distingue la quieta eternidad, por un lado; el móvil tiempo, por otro, como heterogéneos.

—Como no podía ser menos, la Edad Media, se expansiona y eleva al hablar del tiempo eterno: de la *eternidad*, de la

“enteridad” —que no del fraccionamiento— temporal.

—Sí, y la eternidad es distinguida de la *sempiternidad*.

En la primera no transcurre el tiempo, porque todo está presente, a diferencia de la segunda que en el tiempo transcurre permanentemente. O sea, que la primera se identifica en absoluto con el espacio; la segunda sólo lo implica para tal transcurso. Así pensaba Beocio. Y para Tomás, la eternidad sólo pertenece a Dios.

—Vd., que es tan amigo de Leibniz, preferirá su entendimiento al de Newton, ¿no?

—Sí; pero, antes me empeño en que no olvidáramos lo que dijo Luis Lavelle como secuencia: aquello de que la eternidad tiene una función creadora. Y, entonces, el tiempo es entendido como algo que fenece; pero que está en continuo renacer.

—Hablando pitagóricamente ¿algo que se centra en el primaveral número 11?

—Bien, Newton, parece que fué prudente *al distinguir un tiempo absoluto*, el verdadero...

—El que le gustaba...

—*El que “fluye”* —y esta palabra la aprobamos con entusiasmo— *uniformemente*, sin relación con nada “externo”, *del tiempo relativo*, que es precisamente una medida sensible, que nosotros imponemos, compuesta de duraciones; según movimientos, como el tiempo de los relojes...

Pero Leibniz, como suponías, dijo, como siempre, algo fenomenal. También fenoménico y muy actual. Dijo que: *el tiempo es el orden de las existencias* —no simultáneas— (que sólo se refieren al espacio): *un orden universal de los cambios*.

Para él la duración consiste precisamente en magnitudes de tiempo. Ya lo

sugeríamos también nosotros al aseverar que la duración no es más que la dura ley que el espacio impone al tiempo. Podíamos añadir que, recíprocamente, el movimiento es la espacifágica ley que el tiempo impone al espacio; y, en este sentido, movimiento y duración se encuentran en la misma encrucijada.

—¿Y Kant?

—Kant se sale con la misma solución, que le valió para resolver el asunto del espacio. *El tiempo es también un «a-priori»*. *Es transcendente, ideal y real*. (Aquí sí que podemos aprender eso de que lo ideal pueda considerarse compatible con lo real). *Algo previo: una representación*, (un campo de representaciones, diríamos nosotros) que subyace en nuestras intuiciones.

El protagonismo máximo lo adquiere el tiempo con Hegel, padre de romanticismos y marxismos. (Por cierto que Marx hizo con Hegel lo que Maquiavelo con el Dante: una traición, un maquiavelismo; que permitió el descender al nivel idealístico del tiempo al “devenir” y de éste al realismo más positivo: el materialismo. Pero esto es ya otro cantar. «Nada existe, si no se desenvuelve temporalmente», decía Hegel.

Desde entonces el “temporalismo” es alma de lo romántico y Dilthey podrá realizar, a través del devenir, el trasvase directo de *tiempo a historia*. Y Bergson, ese audaz giro, *que casi pone en congruencia la duración con la intuición misma*, recreándose en ello y recreando fenómenos duracionales.

Como de la mano, Husserl, llena también de vivencias el *tiempo fenomenológico* y quiere distinguirlo, como los clásicos, *del tiempo objetivo y cósmico*.

Y Heidegger, en la cumbre que separa el espacialismo del temporalismo, trata de ser rectamente objetivo: *«hay que construir objetivamente lo dado para poderlo temporalizar»*. Las cosas, los fe-

nómenos tienen que estar allí (da-sein): tienen que espacializarse para poder ser temporalizados.

Quemantes, quemando cerca, encontramos a Einstein: *el tiempo es una dimensión más*, la cuarta; las tres primeras previas, son espaciales.

Pero cuando dice que *el tiempo se relativiza al ser función* de un sistema referencial y que puede ser simultáneo de un observador y no de otro, *lo vuelve a impregnar de subjetivismo*. Además lanza aquella gran andanada: *el tiempo disminuye con la velocidad* (dependiente a su vez de cada móvil), mientras la masa aumenta con la velocidad.

Más relativismo, imposible ¿Dónde queda ahora el pobre tiempo absoluto de los clásicos?

El tiempo se enquistaba en un universo tetra-dimensional: en paradoja: lógicamente cuadrático, esto es, relativamente estable. Será preciso que la quinta dimensión, la vida, pensamos nosotros metalógicamente, venga de nuevo a animarlo, a salvarlo de su encarcelamiento.

Pero el "devenir" del concepto del propio devenir del tiempo no para ahí. Mac-Taggart considera por todo ello al tiempo como contradictorio; pues, además *pasado, presente y futuro son incompatibles entre sí*; Carnap *hace depender el tiempo de acciones causales*; Reichenbach *lo estudia matemáticamente como datos de una matriz*; Minkowsky considera *el momento de un suceso físico como un punto en el universo* y denuncia sus posibles irregularidades y por fin Heisenberg suma al tiempo en *completa incertidumbre, tratando de resolver su "infinitud" en una "discreción"*. Esta, siempre hemos creído, que es la traducción matemática del espacio, pero nunca la del tiempo. Una lógica del tiempo es teórica y prácticamente imposible.

No podemos comprenderlo lógicamente; tenemos que resignarnos a entenderlo metalógicamente.

—Ya estamos en su terreno, D. Víctor

—Bueno; pues, vamos ahora a deambular un poco por él. En la teoría —hipotética— de la elasticidad, las sollicitaciones mecánicas en un punto dan lugar a "momentos". También en cualquier movimiento podemos considerar un "momento" determinado (un "instante"). Análogamente declaramos a veces, que la temperatura —la temperatura— proviene del tiempo que hace. De la energía calorífica, por ejemplo, que emite la radiación solar directa en tiempo despejado.

Quiero decir, que el aserto *de que el tiempo es la energía pura* no ha sido formulado hasta hoy, pero su evidencia se va abriendo poco a poco paso, hasta en lo inconsciente del lenguaje vulgar: con el paso del tiempo que pasa. Aunque la cosa no está tan fácil ni clara.

Fijémosnos, por ejemplo, en la llamada "fuerza de la gravedad". La "gravitación" universal varía según se trate del sistema cósmico solar o de otro. Varía, además, con la distancia al centro del respectivo sistema solar. Que, a su vez, se mide por años luz.

Esta unidad de medición nos insinúa —traidoramente— que la medida de tal fuerza se relaciona con unidades de tiempo, que depende de ellos. Así ocurre también con la energía atómica. Para entenderlo tenemos que acudir, conforme vamos dividiendo y dividiendo las unidades materia-energía-cualidad más y más al concepto de lo infinitesimal: de lo dividido hasta el infinito. Y la cualidad de infinitud es tan sólo característica propia del tiempo.

Podríamos aducir muchos más ejemplos para que nuestra inteligencia —que no nuestra razón— pudiese llegar a en-

tender metalógicamente, que la investigación de cualquier energía nos lleva a descubrir, en ultimidad, su dependencia del tiempo y con ello llegar a establecer que tal dependencia era metalógicamente inteligible, porque cualquiera de ellas, todas ellas, eran precisamente un estado de derivación del tiempo mismo. Esta es la pura energitividad, que nos permite ser tomada como referencia de todas las variables energías, que de ella se derivan y, por tanto, nos sirve para coordinarlas y co-mensurarlas, cuando establecemos una escala cualquiera.

Cualquier energía se manifiesta siempre en un "temporal" sistema ondulatorio, que es el que nos permite su medición: longitud, altura de ondas, potencia e inercias y, como concepto básico: la frecuencia.

—Pero, el tiempo, el flujo temporal, ha dicho siempre Vd. que es la *"gran frecuencia"*.

—Ahí voy. Porque *el "modelo frecuencial" es precisamente el del tiempo.*

Vuelvo a repetir la caricatura que sinopticé, tantas veces: estado sólido, fijo: matereia; estado fluido: energeia; estado gaseoso: cualiteia.

Cuando un cuerpo es sólido y se está quieto, sus energías, de cualquier orden, se manifiestan generalmente en un modo potencial y no actúan. Hay "tensiones" internas, pero no "movimientos" exteriores. En el otro extremo, en los fenómenos gaseosos, las energías vuelven a producir tensiones, si el campo es cerrado y no pueden las partículas moverse. Pero, aquí también, si hay movimiento, en medio "gaseoso": se producen vibraciones, más o menos "radiales".

Pero, la fluidez, el flujo, de lo más o menos líquido y de todo lo que se mueve, requiere una circulación. Tal circulación se manifiesta en un sistema "ondulatorio". Con una dirección y sus curva-

turas, de adaptación. El "paquete" o "tiro" circulatorio se mueve; pero, se mueve "atado"; no libremente, como los corpúsculos gaseosos. Atado, a constantes y direcciones ondulatorias, que pueden ser rectas, como caso límite de toda ondulación; esencialmente "circular", porque "circula". Aquí enlazamos, por lo visto, con el entendimiento, cíclico, con intensas posibilidades rítmicas, que tuvieron del tiempo algunos filósofos griegos; de ciclos celestes, que se repetían. De un tiempo en circulación.

Si descendemos al tiempo histórico también será curioso constatar, cómo, examinado en sus intervalos, hasta nuestros días, comprobaremos que tal circulación histórica, independiente y además de su indudable progreso, permite también reconocer ondas circulares, de repetidos "ciclos" y con sus altibajos, sus frecuencias, sus inercias, etc.

—Ya está bien, no cree, ¿lo dejamos?

—Vale; apaga la energía lumínica de nuestro presunto esclarecimiento del concepto del tiempo. Apaga los años luz de nuestra historia y de la gran Historia; apaga y vámonos.